

## **Sobre *Fratelli Tutti***

Alejandro Gallardo Rodríguez  
Universidad Iberoamericana de Puebla  
Puebla, México  
[alejandrogallardor98@gmail.com](mailto:alejandrogallardor98@gmail.com)

### **Nota introductoria**

El pasado 10 de noviembre de 2020 tuve la oportunidad de dialogar con compañeras y compañeros de la universidad en torno al mensaje que el Papa Francisco presenta en su tercera encíclica: *Fratelli Tutti*. Dicho ejercicio resultó bastante fructífero y el día de hoy tengo la dicha de recuperar e integrar mis reflexiones en este breve texto que, espero, sirva para enriquecer el análisis de la propuesta teológica y política que el Papa hace en esta encíclica. Advierto que las siguientes líneas las escribo como un no creyente del catolicismo, pero sí un simpatizante del mensaje de Jesús.

¿Por qué leer y escribir sobre la encíclica *Fratelli Tutti*? Creo que la pregunta es legítima y necesaria para comenzar este análisis. Más allá de las creencias personales y opiniones que podamos tener sobre la Iglesia Católica como estructura teológica y como Estado-nación, debemos reconocer que al final es una de las instituciones más importantes e influyentes para América Latina y el mundo. En ese sentido, el potencial que tiene la encíclica para trascender es bastante considerable. De ahí que valga la pena desmenuzar a profundidad el mensaje que el Pontífice intenta difundir en este texto.

Comencemos por señalar que el papa Francisco escribe la encíclica a partir de tres fuentes de inspiración: la parábola del buen samaritano; la experiencia de Francisco de Asís; y la visita que el Papa Francisco le hace al Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb como representante del Islam. De ahí que podemos decir que el texto emana, de entre otras cosas, de un diálogo interreligioso. El señalamiento no es menor, pues el Papa aprovecha esto para presentar su texto como uno dirigido no sólo a católicos y creyentes, sino también a cualquier persona que desee aproximarse a su mensaje de fraternidad y amistad social.

Una vez aclarado esto, el papa Francisco comienza con una contextualización crítica del sistema económico. Aunque vigente y necesaria, esta crítica ya la habíamos visto en la encíclica *Laudato Si'*. En todo caso, sirve como una actualización que ya contempla, por ejemplo, la pandemia por Covid-19. En resumen, su introducción señala que la pandemia evidencia que las instituciones públicas han fallado en su cometido y que la manera en la que

estamos construyendo la sociedad no está funcionando. Ante eso, hace un llamado urgente a cuestionarnos la forma en que vivimos como comunidad (o a pensar siquiera si estamos aspirando a vivir en comunidad).

Quien lea este texto también se dará cuenta de que, a lo largo de 8 capítulos, la encíclica hace una enérgica invitación a la no indiferencia, algo que evidentemente retoma de los ideales jesuitas. A continuación, me permitiré retomar algunos de los puntos que de manera muy personal me resaltaron más.

En primer lugar, se encuentra el tema de la migración como un fenómeno global al que el Papa no podía hacer caso omiso. El argumento parte de la idea de que nadie debería tener la necesidad de emigrar, porque todos los lugares deberían contar con condiciones óptimas para vivir. Sin embargo, como en el contexto inicial apuntaba, no es el caso, por lo que se vuelve fundamental garantizar que la migración se lleve con respeto a la dignidad humana.

Así, el papa Francisco no duda en entrar al campo político y hace sugerencias puntuales que se podrían materializar en políticas de Estado. Algunas de ellas incluyen el aumento de visados, los programas de patrocinio privado y comunitario y los corredores humanitarios. Después de todo, es evidente que hay un entendimiento de la crisis migratoria como el resultado de una crisis civilizatoria global. Personalmente, creo que esto es un acierto: de poco serviría pensar la migración como un problema aislado cuando en realidad responde a las estructuras descompuestas que el Pontífice narra en la introducción de la encíclica.

En segundo lugar, se encuentran los capítulos 5, 6 y 7, pues son los que tienen la mayor carga política de la encíclica. Percibo que la propuesta política del Papa inicia con una misión ambiciosa, pero necesaria para la reconfiguración del mundo: la redignificación de la política. Como estudiante de Ciencias Políticas y Administración Pública, coincido en lo que señala el Papa al respecto. La política ha sido severamente manchada por años de corrupción, injusticia y desigualdad social, que absolutamente todas las formas de gobierno han protegido y perpetuado. El papa Francisco reconoce esta mala fama de la política y apela a la recuperación de su esencia.

Cambiar la concepción de este concepto es fundamental, pues la política tendría que ser el uso de los recursos y del entramado institucional del Estado para la construcción del bien común. ¿Y qué es eso del bien común? Históricamente es otro concepto sujeto de múltiples

debates filosóficos, pero que, asegura el Papa, sólo se puede entender desde el amor y la amistad social. Por lo tanto, el bien común requiere del reconocimiento y de la integración de la otredad. Nuevamente identifico un gran acierto de la encíclica: no se trata sólo de reconocer la existencia de grupos de personas distintos a nosotros, sino que es importante permitir que sean esos grupos quienes toman las decisiones que les conciernen. Aquí hay una crítica implícita a las democracias representativas que pretenden tomar decisiones en nombre de la otredad. Esto es peligroso, pues se corre el riesgo de establecer un discurso hegemónico que invisibiliza y calla las distintas visiones de las personas (como ocurre actualmente con la población indígena, la diversidad sexual o las mujeres, entre otros grupos).

Para reorientar el significado de la política, el Papa hace una distinción teórico-conceptual de dos desviaciones de la política que percibe que dominan en la actualidad: los populismos y los liberalismos. Personalmente creo que habría que hacer la precisión de que en realidad se refiere a los neopopulismos y a los neoliberalismos. A continuación, me permito describirlos brevemente.

En términos muy generales, el populismo es la ideología política que pone el concepto de pueblo en el centro. Bajo la mirada del Papa, el neopopulismo sería la ideología donde el concepto de pueblo pierde todo significado, y se le considera como una masa homogénea, fácil de partidizar y de instrumentalizar, con procesos de dominación, para la perpetuación del poder de una élite, a través de un líder carismático. Así, surgen las políticas asistencialistas, que no son más que una forma de responder superficialmente a los grandes problemas estructurales, sin atender procesos de reconciliación.

El neoliberalismo, en cambio, rechaza el concepto de pueblo y asume una visión individualista que, además, es problematizada a lo largo de la encíclica. La visión neoliberal dice que la sociedad no es más que la suma de intereses individuales, por lo que el Estado debe limitarse a garantizar las libertades de la población (y de las empresas). Esto es problemático, pues se fomenta el egoísmo humano, los actos de fe al libre mercado y el rechazo contundente a los movimientos populares, por más legítimas que sean sus demandas.

Una vez identificadas las desviaciones de la política, el Pontífice presenta su propuesta política, que se puede resumir en la redistribución del poder en una forma distinta. Sin embargo, la propuesta se torna compleja e interesante a lo largo de la encíclica, pues incluso

percibí, de manera implícita, que el Papa invita a cuestionar el concepto de soberanía. Él señala que ya no es útil preservar la idea de un Estado-nación que lo puede todo de manera aislada. Ni siquiera considera que los bloques, como la Unión Europea, sean suficientes para subsistir. Por eso, apela a la construcción de un ente de justicia internacional superior al Estado en jerarquía. ¿Significa eso darle más atribuciones a la ONU? ¿Significa construir desde cero un sistema internacional de justicia? Son interrogantes que quedan sin respuesta, pero que ponen sobre la mesa un tema de análisis muy relevante. En términos de teoría política es algo polémico y hasta antisistémico, pues propone un cambio radical a la forma en la que la política se encuentra organizada. Nuevamente, celebro ese rasgo cuasi revolucionario, aunque matizo mi emoción preguntándome qué tanta voluntad política habría, desde El Vaticano, para verdaderamente materializar ideas de este tipo.

Por otro lado, el papa Francisco reconoce la importante labor de la sociedad civil para atender los grandes problemas del mundo, aunque también advierte que esto es una prueba más de la deficiencia del Estado. Es por eso que el Pontífice reitera la necesidad de transicionar a la caridad política, donde la política se entienda como una práctica noble que prioriza el sentido social sobre el individualismo. Me permito citar: “las mayores angustias de un político no deberían ser las causadas por una caída en las encuestas, sino por no resolver efectivamente «el fenómeno de la exclusión social y económica, con sus tristes consecuencias...” (S.S. Papa Francisco, 2020, p. 50).

Es así que podemos constatar el llamado de atención que hace el papa Francisco a la clase política del mundo, aunque, nuevamente, resultaría apropiado nombrar el propio caso de El Vaticano para invitar a la reflexión y el replanteamiento de la política. En ese sentido, creo que el papa Francisco nos queda a deber un autoexamen de conciencia en su calidad de Jefe de Estado de El Vaticano.

A partir del capítulo 7, el Pontífice toca el tema de los procesos de reconciliación. Una vez descrito nuestro mundo deshumanizado, cual diagnóstico médico, el Papa esboza caminos (o tratamientos) para avanzar desde ahí. Así, le apuesta a la reconciliación como el proceso necesario para caminar, aceptando su carácter incómodo y controversial. Además, pese a que los procesos de perdón sí tienen una carga fuerte en el cristianismo, el Papa se enfoca en su utilidad para los procesos de pacificación. La premisa es simple: no podemos hablar de pacificar una región golpeada severamente por estructuras violentas, sin atender el

dolor histórico. De tal manera, el diálogo y la escucha aparecen como herramientas iniciales para este camino.

Otro de los puntos centrales que destaco de la encíclica es la advertencia que hace el Papa sobre la reconciliación. De alguna manera comenta que hay límites que debemos entender en este proceso: no podemos exigir perdón social a poblaciones históricamente violentadas. En otras palabras, no podemos exigir olvido y no respetar los procesos de duelo, lo cual resulta sumamente relevante cuando pensamos en las múltiples violencias a las que han sido sometidas diversas poblaciones. Por ello, me agrada leer la invitación a escuchar a las víctimas para poder avanzar en la reconciliación.

Hacia el final de la encíclica, el Papa problematiza la construcción de enemigos como estrategia mediática para generar una narrativa de amigo-enemigo. Sin duda, se trata de algo bastante *schmittiano* y peligroso. El caso de la elección estadounidense de 2020 es ilustrativo de ello: Donald Trump entró en el arquetipo de enemigo que cumple con las características negativas socialmente reconocidas por Occidente. Así, se genera una narrativa en la que, si Donald Trump pierde la reelección, automáticamente se acaban los problemas de racismo, xenofobia y misoginia. Y naturalmente, esto resulta falso, generando decepción e incluso despolitizando así a la ciudadanía. El Papa invita a pensarnos como seres complejos e imperfectos que nos equivocamos, pero que tenemos la capacidad de dialogar para rectificar.

Por último, el Pontífice recupera el diálogo interreligioso que inspiró la encíclica. Para ello señala que todo fundamentalismo religioso siempre es peligroso y que los líderes religiosos tienen una responsabilidad importante en eso. Además, el Papa concluye que debemos asumir una cultura de diálogo como camino en todos los sentidos: entre personas, entre naciones y entre religiones. Personalmente, me parece que el papa Francisco logra cerrar su tercera encíclica de manera sublime, reiterando el centro de su mensaje: la fraternidad y la cultura de diálogo.

Es mi interés finalizar este texto expresando que el papa Francisco ofrece un texto crítico muy útil para entender nuestra realidad, aunque con limitaciones propias de su contexto religioso. Exhorto a su lectura con precaución y mesura, siempre rescatando los aportes valiosos y señalando las carencias. No me queda más que suscribir el mensaje de amistad social y cultura de diálogo, al mismo tiempo que reiterar mi invitación a cuestionarlo todo.